

*Transparente como las aguas más claras, fino como la más fina capa de hielo.*

*Frágil. Tan frágil...*

*Y sin embargo, tan impenetrable.*

*El Velo titilaba ante sus ojos con la belleza y la suavidad de la más tenue pompa de jabón, pero él sabía que su corazón era el de la seda de una araña; tan resistente como ella e igual de engañoso. Tan seductor que solo deseaba desgarrarlo, tan detestable que solo podía estremecerse ante su hermosura sin fin.*

*Tan eterno e inviolable.*

*Cada ciclo se aproximaba hasta sus límites y contemplaba cómo su esencia se reducía hasta volverse apenas un sueño, una idea, un recuerdo que lo mantenía anclado a su realidad y alejado de lo que su transparente verdad ocultaba.*

*Era la puerta de su jaula de plata, era memoria y dolor; era promesas, destino, poder.*

*Lo amaba.*

*Lo odiaba.*

*Y amaba y odiaba lo que veía a través de él pero, por encima de los sueños y de la vida, deseaba poseerlo. Era suyo, lo había sido siempre y volvería a serlo.*

*Como cada ciclo esperó el momento. Como cada ciclo su impaciencia se hizo carne. Su odio se volvió filo y acero y espada. Su dolor, venganza y fortaleza.*

*Y como cada ciclo la carne se abrió en llagas sangrantes de vergüenza y desesperanza, la espada se quebró, la fuerza mutó en fragilidad.*

*Eterno e inviolable.*

*Impenetrable.*

*Herido y roto, yacía ya en la tumba de sus deseos una vez y mil veces marchitos, clamando por su herencia, clamando por su poder. Clamando de dolor y de rabia y de momentos perdidos en las lágrimas de una pesadilla.*

*Y entonces, el fuego.*

*Las llamas ascendieron inocentes. Orgullosas, inconscientes de su fuerza. Juguetonas y terribles, brillantes y oscuras como la noche, como el más infinito de los deseos. Llamas de poder, llamas de magia. Fuego y palabras de fuego en*

*un conjuro endeble templado por el calor de las mismas llamas en el resentimiento y el dolor.*

*La esperanza volvió a seducir sus sueños y avivó ese fuego. El poder manó libre, sedujo las llamas, acarició sus brasas y dio alas a su baile nocturno. El fuego creció. La magia creció. Se hizo fuerte, se hizo verdad. Se hizo promesas y venganza cumplida.*

*Durante eones alimentó esa magia bisoña, creó fuerza de su fuerza, creó vida con su vida. Besó la magia nueva y pura, la moldeó a su antojo y con ella forjó su espada de nuevo.*

*Cuando el día moría ya en el abrazo de la noche, blandió ese filo nacido en la forja de la magia y el dolor. De los sueños rotos y el desengaño. De lo femenino y lo eterno. Del poder de uno que era tres y de tres que lo eran todo.*

*Y el Velo, por fin, se rasgó.*

## **PARTE I**

¿Y dónde dices que está el tren que nos ha atropellado?



# 1

Las escuálidas lanzas de luz que se filtraban a través de las ajadas contraventanas de madera tuvieron la puntería necesaria, y la mala leche imprescindible, como para ir a dar justo sobre sus párpados, arrancándola del dulce abrazo de un sueño estupendo en el que intervenían Johnny Depp, varios bomberos con muy poca ropa pero mucha simbología freudiana rodeándolos y, sorprendentemente, un ornitorrinco.

Con un gruñido, Diana tiró de la almohada y la lanzó sobre su cabeza para tratar de esquivar la súbita invasión lumínica y sus nefastas consecuencias; un despertar temprano justo el día en el que empezaban las primeras vacaciones que se tomaba en cuatro años.

Intentó evitar que su mente nadara fuera de la espesa melaza del sopor, pero fue inútil. Estaba demasiado acostumbrada a madrugar y, una vez que su cerebro empezaba a recorrer el camino de la consciencia, no había nada que lo hiciera volver atrás. Volvió a gruñir, apartó la almohada de un manotazo y se sentó en la cama, frotándose los ojos como un bebé mimoso.

No dejaría que terminara el día sin haber comprado unas persianas nuevas porque, desde luego, no pensaba pasarse todas las vacaciones despertándose a las... Echó un distraído vistazo al reloj, que la miraba con expresión irónica desde la mesilla, y gimió con desesperación. ¡Las ocho y media de la mañana! ¿Qué clase de estúpida se despertaba a las ocho y media de la mañana el primer día de vacaciones?

—La clase de estúpida que no ha tenido tiempo de cambiar esas puñeteras contraventanas por unas persianas como Dios manda —se respondió a sí misma, con una voz adormilada que a duras penas reconoció como suya.

Dejó escapar un gruñido y se permitió unos segundos para regodearse en su mal humor, hasta que su natural optimismo se desesperó, estiró los brazos y se empeñó en pintar una sonrisa desganada en su cara.

Suponiendo que tuviera algo parecido a un «natural optimismo»,

claro. Hasta donde ella sabía, la gente recurría al optimismo cuando, en realidad, de lo que tenían ganas era de tomar al universo por el cuello y estrangularlo hasta que escupiera toda la mala uva que les estaba haciendo la vida imposible. Cosas del tipo «nos hemos quedado todos sin trabajo, a mi marido le han diagnosticado una cardiopatía severa, mi hijo mayor es adicto a la heroína y vivimos en un cuartucho alquilado de cuatro metros por uno. Pero somos optimistas porque hoy hace sol».

En la mayoría de los casos, el optimismo ocultaba un caso terminal de ceguera selectiva, y un optimista no era más que un pesimista muy mal informado.

Sin embargo, no iba a permitir que algo tan absurdo como la falta de sueño le arruinara el día. Al fin y al cabo, tenía muchísimas cosas que hacer, empezando por encargarse de esas puñeteras persianas. Y limpiar la casa —antes de que la sociedad altamente especializada de motas de polvo que se había asentado bajo su cama decidiera que había llegado la hora de acabar con el inodoro que vivía sobre su techo. Y la asesinar mientras dormía—. Y ponerse al día con todos los libros que había ido pasando a su *e-reader* con la idea de poder leerlos cuando tuviera tiempo libre. Y pintar el baño. Y comprar los regalos de Navidad. Y...

Más animada, se bajó de la cama de un salto y se dispuso a aprovechar al máximo el día. Había tantísimas cosas que quería hacer... No tenía ni un minuto que perder. Ni uno solo, se dijo, mientras se dirigía al baño que había previsto pintar.

Tres escasas horas más tarde, estaba en la puerta del único bar del pueblo —que, para más recochineo, era *su* bar; el bar del que había decidido tomarse un respiro—, tras haber limpiado la casa, pintado el baño de un metro cuadrado, comprado regalos para todo el mundo y encargado las persianas que tardarían al menos una semana en llegar. Tener vacaciones era genial. No tener un mísero euro en el bolsillo para disfrutar de ellas no lo era tanto. Y, al parecer, no tenía tanto trabajo pendiente como había pensado en un principio.

Claro, todavía podía volver a casa y ponerse a planchar —ni loca—. A organizar el armario —tampoco tenía tanta ropa, ¿no?—. A ordenar la biblioteca —un nombre muy rimbombante para la estantería de un metro por dos que había comprado en Ikea antes de mudarse, y que de todos modos volvería a estar desordenada porque las bibliotecas de la gente que lee *siempre* están desordenadas—. O a

vaciara la buhardilla, llena de trastos inservibles de su abuela —no quería morir tan joven—.

Miró hacia la puerta del bar con aprensión mal disimulada y volvió a consultar el reloj. Albergaba la absurda esperanza de haber sido atrapada por una anomalía espaciotemporal y que el maldito trasto señalara una hora mucho menos indecente que las once y poco de la mañana. Por desgracia, las anomalías espaciotemporales solo se daban cuando uno no tenía tiempo que perder, pero las vacaciones eran, por definición, «tiempo que perder».

Las manecillas del reloj la miraron impertérritas y le informaron con infinita educación de que, en efecto, eran las once y diecisiete clavadas y tenía todo el día por delante para hacer... nada. Nada en absoluto.

La situación sería mucho menos deprimente si al menos pudiera ir a tomar café a algún sitio que no fuera su bar. Pero como el karma nunca le había tenido especial afecto, el único lugar del pueblo donde podía tomar algo —aparte de la casa de algún vecino— era su bar. *El bar*. Alias cafetería, alias cervecería, alias mesón..., alias epicentro de todos los cotilleos.

¿Por qué diablos había llegado a pensar que volver a vivir en el pueblo y hacerse cargo del maldito negocio era una buena idea?

Sin duda porque era una imbécil. Y porque su aventura de libertad en la ciudad había terminado con sus ahorros gimoteando aterrizados, sus pies destrozados de tanto recorrer las calles entregando un currículum tras otro, sus sueños de grandeza haciendo cola ante la oficina de empleo y su «natural optimismo» —sí, ese que no estaba segura de tener— intentando llegar a las antípodas con una mochila cargada de ansiolíticos a la espalda.

Al menos todavía tenía un montón de lecturas pendientes, y la barra del mesón era un sitio tan bueno como cualquier otro para empezar a leer. Levantó la barbilla, inspiró hondo y abrió la puerta de madera, que celebró su decisión con el habitual chirrido metálico, acompañado por el tintineo anémico de una campanita que detestaba con todas sus fuerzas, pero que había tenido que volver a colocar so pena de ser linchada por la mitad de su clientela.

Esquivó el árbol de Navidad, del tamaño de un rinoceronte pequeño, que Concha había colocado a traición junto a la entrada, y caminó hasta la barra haciendo oídos sordos a la machacona música de villancicos que, al parecer, su camarera también había colado en el bar de contrabando.

Apenas había dado dos pasos, cuando Concha levantó los ojos de la revista de cotilleos que tenía siempre escondida en algún sitio y la miró con expresión irónica.

—¿Tú no estabas de vacaciones? —preguntó burlona.

Respondió con un gruñido ininteligible, dejó caer la mochila junto a ella y trepó hasta sentarse en uno de los taburetes, demasiado altos para cualquier ser humano normal. Rebuscó en el pozo sin fondo de su bolso, sacó el *e-reader* y miró a la camarera de mal humor.

—Y por eso vengo a tomarme un café —respondió en un tono que daba a entender, con absoluta claridad, que cualquier referencia a las conversaciones que habían mantenido sobre lo muchísimo que tenía que hacer en casa sería castigada con la muerte. O como mínimo con un bufido amenazador.

—Marchando un solo largo con doble de azúcar —anunció Concha sin molestarse en disimular la sonrisa sardónica que bailaba en sus labios. Se dirigió a la cafetera y la miró por encima del hombro mientras manipulaba la palanca del molinillo para cargar la cazoleta de aromático café natural—. ¿Sabes que ya hay gente en el pazo de los madrileños? —preguntó con ese tono que siempre usaba cuando tenía un cotilleo jugoso al que hincar el diente.

Se encogió de hombros sin alzar la mirada del *e-reader* que estaba encendiendo. Estaba demasiado deprimida como para ponerse a parlotear sobre los nuevos dueños del dichoso pazo, que con toda seguridad serían una panda de pijos insoportables, habida cuenta de lo que sus antiguos propietarios pedían por la propiedad. Pero cuando la gente del pueblo tenía una novedad que comentar, cualquier intento más o menos sutil de ignorar una conversación era pasado por alto sin ningún reparo.

Así que Concha siguió preparando el café y parlotando sin importarle que no respondiera.

—Ya era hora, porque... ¿cuánto hace que nos enteramos de que lo habían vendido? ¿Un año? ¿Dos? Es igual —continuó sin esperar respuesta—, el caso es que esta mañana temprano llegó un camión y bajó un montón de cajas. Y me ha dicho Rita, que le ha contado Fede, que hace un rato llegó un cochazo de esos que salen en las películas de espías, que casi atropella al hijo de Fina al pasar por la panadería. Pero, claro, es que Fina debería tener más cuidado con ese crío, que un día se va a llevar un disgusto. Se lo digo siempre; el maldito niño está todo el día... —Puso el café frente a ella



y frunció el ceño—. ¿Qué estaba diciendo? —preguntó a nadie en particular y mucho menos a ella, que se esforzaba en ignorar los infinitos afluentes de la cháchara inacabable de la mujer—. Ah, sí, lo del nuevo.

No pudo evitar que una sonrisa irónica apareciera en sus labios. «El nuevo». El pobre tipo sería «el nuevo» hasta el día de su muerte, o hasta que algún otro incauto decidiera mudarse al pueblo, lo que quiera que llegara antes. Al menos, pensó casi con alivio, eso le evitaba seguir llevando ese título.

«Ah, lo siento, querido, has caído en la casilla del pozo y ahora estarás ahí hasta que saques un seis, o hasta que otro imbécil caiga en ella. Muchas gracias por participar, incluimos tu número en el sorteo de un jamón... Y todo eso».

—Un mal sitio para vivir —rezongó Chisco desde el otro extremo de la barra—. Muy mal sitio —insistió.

—Para ti todos los sitios son malos, *paspán* —rio Concha—. Eres un viejo gruñón.

—Qué voy a ser viejo —replicó él al instante.

—Pues a mí me parece buena cosa que alguien vaya a vivir ahí —intervino Marcos, el cartero, que acababa de llegar para unirse a la conversación y tomarse su habitual tapa de tortilla antes de seguir con el reparto.

—Tú qué sabrás —masculló Chisco.

La animosidad entre el cartero y el antiguo pescador era legendaria, aunque nadie, quizá ni siquiera ellos mismos, era capaz de recordar de dónde venía.

«Lo más seguro es que hace unos mil años, la familia de uno le quitara dos centímetros de tierra a la del otro, o algo así», se burló ella para sus adentros.

—Yo lo que sé es que... —La voz de Concha se interrumpió de forma tan brusca que incluso ella, que se esforzaba por no formar parte de la conversación, alzó la vista para mirarla. Y parpadeó confusa al encontrarse a la serena mujerona con los ojos abiertos como platos y dos brillantes manchas de un rojo carmesí adornando sus pálidas mejillas—. Madre del amor hermoso —dijo en un murmullo apenas audible—. Pues sí que va a ser buena cosa, sí —añadió en tono malicioso—. Diana, no te pierdas esto —ordenó con apremio.

Enarcó las cejas y se volvió para seguir la dirección de la mirada de Concha. Y se contagió al instante de la extraña enfermedad que

había puesto color a sus mejillas y desorbitado sus ojos. Sin embargo, como presumía de ser mucho más mundana que la camarera, mantuvo una titánica lucha con sus hormonas para impedirles que desencajaran también su mandíbula... Sin ningún éxito.

Las muy desgraciadas consiguieron abrirle la boca, hacerle tragar saliva e incluso suspirar. Y todo eso mientras bailoteaban enloquecidas, daban palmas de pura alegría y rendían sacrificio pagano a los dioses de la fertilidad.

—Jo-der —murmuró.

—Yo no lo habría expresado mejor —replicó Concha con un suspiro reverente—. Me he muerto y he resucitado en un anuncio de *Davidoff*—añadió abanicándose con las dos manos, en un gesto más que exagerado.

—Concha, disimula un poquito, anda —ordenó entre dientes, aunque incapaz de seguir su propio consejo.

Y es que después de meses de sequía, sus alteradas y desaprovechadas hormonas no podían por menos que considerar como el dios de la lluvia, bajado de los cielos para complacerla, al tipo que estaba plantado en la puerta mirando a su alrededor con curiosidad mal disimulada.

Sin que su voluntad interviniera para nada en el proceso, sus ojos devoraron al recién llegado desde la raíz de sus espesos cabellos negros hasta la punta de sus desgastadas zapatillas deportivas, pasando por todos y cada uno de los mordisqueables planos de su cuerpo, y deteniéndose con especial avidez en los antebrazos morenos que la arrugada camiseta negra dejó al descubierto después de que él se deshiciera del tres cuartos de cuero. Que por cierto, le sentaba como un guante. O dos, incluso.

Casi había conseguido convencerse de que solo era un tío bueno más, uno de esos que se había jurado evitar por todos los medios después de sus dieciocho bien documentados fracasos sentimentales con tipos de esa clase, cuando él pareció decidir que el bar cumplía todas sus expectativas. Avanzó hasta tomar asiento en la barra, cerca de ella, y esbozó una amplia sonrisa.

Por supuesto, era una de *esas* sonrisas. Una de esas malditas sonrisas torcidas que parecían decir a gritos, «sí, nena, estoy tan de vuelta de todo que ya me he ido otra vez». Una de esas puñeteras sonrisas que la habían metido en más líos de los que era capaz de recordar. Y eso, más que ninguna otra cosa, le dio fuerza suficiente para mandar a sus hormonas a freír coquinas a Burkina Faso y vol-

ver a concentrarse en la lectura, pasando por completo del tío bueno y su sonrisa de mil vatios.

—Buenos días —saludó Concha con un tono de voz que con toda seguridad pretendía ser la imitación de una diva de los años veinte, pero que a sus sarcásticos oídos sonó como la de una anciana nonagenaria con un caso terminal de ronquera aguardentosa.

«Ahora es cuando él responde “buenos días” sin más, y la caga, verás», se regodeó.

Nadie podía conocer los absurdos protocolos del pueblo sin haber vivido en él los últimos... ¿doscientos años? Ella misma era incapaz de controlarlos, y eso que aunque se había ido de ahí nada más cumplir los dieciocho, había nacido y se había criado a pocos metros de la casa que ahora mismo ocupaba sobre el bar. Era imposible que ese tipo respondiera bien. Imposible. Sin ninguna duda. Vamos, es que ni...

—Parecen buenos, sí —dijo él con un ligero acento británico—. Vamos a ver cómo terminan.

Reprimió un gruñido. Para su sorpresa e indignación, no solo había dado la respuesta correcta, sino que lo había hecho en el tono exacto en que debía hacerlo. Concha amplió su ya vergonzosa sonrisa, e incluso le pareció oír un murmullo de aprobación del propio Chisco.

—Si terminan ya será bastante... —sentenció este.

—Malo será —intervino el cartero, a todas luces también encantado con la demostración de protocolo del «nuevo».

—Malo estaba y se murió... —completó el tío bueno la frase, para su irritación.

Los tres parroquianos dibujaron idénticas sonrisas y el ambiente del bar pareció caldearse un par de grados con el calor de la aceptación y el reconocimiento de un igual.

Quiso llorar. O tal vez matar a alguien... Estrangulándolo con su propia simpatía, a ser posible.

—Bueno, ¿y qué vas a tomar? —preguntó Concha con una sonrisa embobada, que no solo daba vergüenza ajena, sino que además la envolvía para regalo y le añadía una tarjeta y un lacito. De color rosa chicle, para más señas.

—Cualquier cosa comestible que tengas me vale —respondió el tipo con aire alegre—. Tengo un hambre de lobo —añadió con un guiño malicioso—. Siempre.

La sonrisa de la camarera se amplió más allá de los límites de lo

que ella creía humanamente posible y el color de sus mejillas pasó de un tono rosado a un rojo pasión que habría hecho las delicias del fabricante de carmín más exigente del planeta. Por suerte para su dignidad, se fue canturreando a la cocina, más que feliz de poder alimentar a la novedad del pueblo.

Ella decidió que había llegado el momento de hundir la nariz en el *e-reader* y dedicarse a ignorar todo el asunto, o en breve se encontraría corriendo a buscar a Daniel, el médico del pueblo, para que le inyectara una dosis de insulina que contrarrestara el subidón de azúcar que estaba atacando su organismo desde que ese tipo había entrado en el local y Concha se había convertido en la versión pueblerina de *Hello Kitty*.

Apenas había conseguido desbloquear la pantalla y leer dos líneas, cuando escuchó a Chisco aclararse la garganta. Luego vio por el rabllo del ojo cómo cogía su vaso de ribeiro y caminaba con estudiada parsimonia hasta el taburete que quedaba libre junto al recién llegado.

—Así que... —empezó el viejo en tono indiferente—. Eres *de fuera*, ¿no?

«Ahí va. El tercer grado», pensó ella con malévolas satisfacción.

—De bastante fuera, sí —replicó el hombre con evidente diversión, con lo que demostró que no solo dominaba el intercambio de frases hechas e información propio de un pueblo pequeño, sino que además lo disfrutaba.

Chisco se concentró en su vaso durante unos instantes en los que solo se escuchó el tictac del reloj y el sonido rasposo de la espátula de Concha al rozar la plancha para dar la vuelta a las tostadas.

Era la técnica habitual. El del pueblo callaba para ver si el otro añadía más información, aunque solo fuera para llenar el silencio, pero al parecer ese tío ya había jugado a ese mismo juego en muchas ocasiones y lo dominaba casi con tanta precisión como el anciano. No dijo ni un cuarto de palabra hasta que Concha salió de la cocina con una bandeja repleta de tostadas, apiladas en precario equilibrio, junto a un par de buenos pedazos de mantequilla y tres tarros de mermelada casera de varios sabores. En la otra mano llevaba una tabla con queso y varias tiras gruesas de membrillo.

Sin saber muy bien si estaba más sorprendida que indignada, Diana puso los ojos en blanco con tanta vehemencia que casi llegó a ver los surcos de su lóbulo frontal.

—Aquí tienes —anunció Concha con expresión satisfecha, mientras dejaba todo frente al hombre—. Que aproveche —sonrió.

—Vaaaya... —musitó el joven en tono reverente—. Cásate conmigo. Tengamos una docena de niños —rogó con una fingida expresión de esperanza patética.

La risita tonta de la camarera, y de las dos o tres personas que se aproximaron a la barra con más o menos disimulo para echar un vistazo a la novedad, le devolvieron las ganas de vomitar. O quizá de darse a la bebida. Alzó la vista y comprobó que el reloj, una auténtica antigüedad que anunciaba sin reparos que no había mejor bebida en el mundo que la Mirinda de naranja, señalaba tan solo las once y treinta y ocho.

«Demasiado pronto para un tequila». Suspiró.

—Esa ya está pillada, rapaz —rio Chisco—. Pero esa otra, no —añadió con un tonillo malicioso, señalándola.

—Genial —masculló Diana, mientras fingía concentrar toda su atención en el libro que tenía delante.

Aun así, sintió los ojos de su vecino estudiar su perfil. Y no le hizo ninguna gracia. Y aunque el nudo en su garganta parecía opinar lo contrario, seguro que estaba ahí por la empalagosa actitud de Concha, no porque tuviera el más mínimo interés en que el hombre le dirigiera la palabra.

Por fortuna, la camarera estaba más dispuesta a seguir tonteando con él que a hacer su trabajo, así que carraspeó para llamar su atención y ella se vio libre del peso de la mirada del hombre. Para su alivio, seguro.

—¿Estás de paso...? —Concha dejó colgando la frase en espera de un nombre que la completara.

—Aidan —ofreció él.

—Aidan —repitió la camarera, pronunciando su nombre (mal, por cierto) como si fuera un trozo de chocolate especialmente sabroso que tuviera que ser paladeado con mucha calma—. Yo soy Concha —se presentó con esa risilla tonta que jamás le había escuchado antes, y que aborreció al instante con todas sus fuerzas.

—Concha. —El nombre sonó en sus labios algo así como «Konsha». No, me quedaré un tiempo. —Llevó el tenedor cargado de queso y membrillo hasta sus labios y esperó a tragar para continuar—. No sé todavía cuánto.

—¿Estás en el hotel de los de Caaveiro? —intervino el cartero.

—No. —Una vez más, el tenedor volvió a descender, en esta ocasión para cortar un trozo de tostada, y volvió a su boca. Después, el tal Aidan dejó los cubiertos, se limpió los labios y abandonó la servilleta de papel, demasiado cerca de su *reader* como para que fuera un gesto casual—. Voy a vivir en el... ¿cómo lo llamáis? —Lo pensó un instante, pero a esas alturas ya daba igual. No había un solo parroquiano en el bar que no supiera lo que iba a decir—. Pazo. Eso es, pazo —anunció por fin.

Se oyeron varios «ajá», algún «oh» y un par de «vaya», pero, en vista de la nueva información, las fuerzas vivas del pueblo decidieron replegar sus efectivos y volver en otra ocasión, con más munición para asediar al elemento desconocido, antes de decidir si era hostil o no. Eso la dejó con la vista del elemento desconocido de nuevo clavada en ella.

Después de unos segundos de silencio, en los que ella se negó con obstinación a levantar la mirada de su lectura, el hombre pareció rendirse. Dejó escapar un sonoro suspiro y se inclinó para alcanzar una mochila que había dejado caer a sus pies. Rebuscó en su interior un instante, sacó un libro que abrió sobre la barra y se acodó en ella para poder leer.

Ella sabía muy bien que no había nada más tentador para alguien aficionado a la lectura que tener a otra persona leyendo a escasos centímetros. Que los ojos decidían por su cuenta y riesgo, al margen de los dictados de la mente consciente, desviarse hacia las líneas impresas e intentaban descifrarlas para saber si eran conocidas; si de algún modo se podía atisbar el título o el autor; si, por casualidad, quien estaba leyendo junto a uno iba a levantar el libro y se iba a poder echar un vistazo a la sinopsis.

Era más que curiosidad. Era una compulsión que nacía del lugar donde se ocultan las tardes de lluvia con una novela maravillosa —o a veces infumable— en las manos; donde se guardan los recuerdos de las noches sin dormir, con los ojos irritados por el sueño y el cansancio, y los párpados manteniéndose firmes en su puesto con la siempre incumplida promesa de «solo un capítulo más».

No existe un solo lector en el mundo capaz de evitar echar una ojeada a lo que leen otros junto a él para, quizá, solo quizá, si los dioses son propicios, poder reconocer en el papel impreso a un alma gemela. Y si no lo son, al menos para sonreír con desprecio por el poco nivel de la lectura de su vecino.

Ella, por supuesto, no era una excepción a esa regla universal.

Así que, sabiendo que era una batalla perdida de antemano, dejó que sus ojos se apartaran de su propia lectura e intentaran atisbar con disimulo el libro del hombre que estaba junto a ella. Era un libro viejo. Una edición de bolsillo con páginas amarillentas por el uso, leído y releído hasta la saciedad. Eso avivó su curiosidad.

Un libro era una cosa, pero un libro amado, atesorado y mil veces leído decía mucho de quien lo conservaba. Así que fingió frotarse los ojos, se apartó el pelo de la cara para poder girar la cabeza en la dirección correcta y echó una nueva ojeada. No sirvió de nada. El muy desgraciado había colocado la mano sobre la página que estaba más cerca, y no tenía forma de ver ni una letra sin demostrar lo que estaba haciendo. Maldijo para sus adentros e intentó olvidarse del tema y volver a su historia, pero sus ojos la traicionaron una vez más.

Estaba tan ocupada intentando fingir que no miraba, que respingó cuando... —¿cómo era? Aidan. Un hombre que leía merecía tener un nombre— Aidan cerró el libro de golpe sobre su dedo índice. Sus ojos se abrieron como platos al observar que, tras colocar una servilleta como punto de lectura, se lo tendía.

—¿Qué? —preguntó Diana en tono seco. Mostrarse cabreada era muchísimo mejor que reconocer que había estado intentando cotillear.

—¿No querías verlo? —preguntó Aidan con una sonrisa traviesa—. Yo te muestro lo mío si tú me muestras lo tuyo, pelirroja.

—No soy pelirroja —protestó, ignorando la burda insinuación—. Tengo el pelo teñido de rojo cereza, que no es lo mismo —añadió con un gruñido.

Pero extendió la mano para coger el libro, porque tampoco era cuestión de dejar pasar esa oportunidad.

Miró la portada y frunció el ceño.

—Está en inglés —señaló el imbécil.

Sí, ya había dejado de ser Aidan, e incluso «el tipo», «el nuevo» o hasta «el hombre», para convertirse en «el imbécil». Acababa de comprobarlo de forma fehaciente.

—Vaya, gracias. No lo habría adivinado ni en un millón de años —ironizó Diana, devolviéndole el libro.

—Lo siento. Es que pusiste cara de confusión —se justificó él, con un encogimiento de hombros, sin disminuir ni un ápice su sonrisa.

—No era una cara de confusión. Era una cara de indecisión

—puntualizó ella. Cuando él enarcó las cejas en una muda pregunta, ella dejó escapar un resoplido despreciativo—. Intentaba decidir si llevas un ejemplar de *Orgullo y prejuicio* porque te gusta, o es un truco estúpido para ligar.

Aidan «el imbécil» lo consideró un momento.

—Depende —dijo Aidan por fin—. ¿Funciona? —preguntó con una sonrisa esperanzada.

Ella sonrió a su pesar.

—Ni por lo más remoto —replicó Diana, burlona—. Odio a Jane Austen.

—En ese caso, ha sido una broma de mis hermanas —anunció Aidan con una seriedad más falsa que un pecado mortal y varios veniales.

Hastada, resopló y sacudió la cabeza con incredulidad.

—Dime que por lo menos tienes una hermana —pidió en tono de resignación.

—Oh, sí —rio él, mientras guardaba de nuevo el libro en la mochila, demostrándole que, de hecho, solo lo llevaba para intentar ligar con alguna incauta—. Tengo seis. Todas mayores que yo —explicó—. Soy el pobre benjamín de la familia, necesitado de afecto...

Estaba a punto de responder que, con toda probabilidad, lo último que necesitaba el único varón entre seis hermanas mayores era afecto, cuando Chisco salió de la burbuja de indiferencia en la que se había escondido en los últimos minutos.

—¿Eres un séptimo hijo, rapaz? —preguntó con un extraña nota oscura en su voz.

Aidan ni se inmutó. Si acaso, su sempiterna sonrisa se amplió todavía más.

—Sí, señor —asintió con una expresión que conseguía ser solemne a pesar de esa risa que parecía bailar siempre en sus labios—. Como lo fue mi padre antes que yo —añadió después de una pausa que a ella se le antojó casi teatral.

O quizá lo teatral fue la reacción de Chisco, que inspiró hasta que su pecho escuálido se agitó bajo la gastada camisa, sacudió la cabeza, abrió y cerró los labios para decir algo que nunca llegó a salir de su boca, hizo un millón de pequeños gestos muy impropios de alguien tan inexpresivo como él y terminó mesándose los cabellos con aire preocupado.

—Pues sí que estamos bien... —masculló Chisco.

La única respuesta de Aidan fue una sonora carcajada.



## 2

El pazo de los madrileños, más que un nombre que sirviera para indicar la habitual desconfianza de los lugareños hacia todo lo que venía de fuera, parecía un intento desesperado de encontrar una forma de definir una construcción que, de otro modo, no tendría nada de particular y no sería diferente a muchos de los otros pazos que salpicaban toda la geografía gallega, olvidados unos, protegidos de manera casi vergonzante otros, y reconvertidos en casas rurales los más.

Situado en la cima de un monte bajo, el edificio se acurrucaba en el abrazo protector del bosque de *carballos*, vigilaba el pueblo con sus ventanas adinteladas en firme roca, alzaba su mirada sobre el mar bravío con orgullo y nostalgia y se esforzaba por mantener la dignidad de los tiempos pasados a pesar de las cicatrices que el *nordés* y el abandono habían dejado en su sólida fachada.

Sus primeros propietarios habían demostrado una sensatez que el dinero nuevo no solía traer y, lejos de entregarse a los excesos arquitectónicos de sus iguales, habían optado por las tradicionales formas rectas y sobrias de la típica construcción gallega, huyendo de las modas indianas, los elevados torreones que imitaban con más romanticismo que éxito el diseño medieval y las curvas y revueltas tan poco propias del gallego medio, que bastantes círculos y espirales interminables tenía ya en su conversación como para encontrárselas también en sus casas.

Quizás, en el pasado, la extensa superficie que se abría desde el patio porticado hasta el final del camino principal había estado cubierta de intrincados jardines que invitaban al paseo y al reposo, pero tras años de desinterés solo mostraba una espesa alfombra verde, segada sin gracia, que atendía más al sentido práctico que a criterios estéticos.

Órdenes del propio Aidan, que, incluso ahora que contemplaba con ojo crítico el resultado de los esfuerzos de la cuadrilla de reformas, no acababa de ver la necesidad de tener unos jardines en un lugar en el que llovía doscientos días al año y el paseo era cual-

quier cosa menos una actividad apacible y necesitada de un entorno propicio.

Además, con un magnífico bosque como el que tenía en su propiedad, perder el tiempo moviéndose por una naturaleza sometida y domesticada parecía casi una herejía.

Tuvo que reconocer que el pazo tenía muy buen aspecto tras la reforma. Y si a primera hora de la mañana había llegado hasta ahí, había echado un vistazo al que iba a ser su nuevo hogar, y había decidido de pronto que no podía pasar un segundo más sin tomar un buen desayuno, había sido porque..., bueno, porque tenía hambre.

Nada que ver con que la fachada principal, maquillada con la sombra que proyectaban las ramas de los *carballos*, pareciera un rostro malévolamente que le sonreía con expectación, esperando que atravesara los dientes de madera de su pórtico para poder devorarlo hasta el alma. Qué tontería. A esas alturas de su vida, y habiendo visto todo lo que había visto, podía decir sin avergonzarse que era cualquier cosa menos cobarde. Ni de lejos. Qué va. En todo caso, prudente. En ocasiones. Y un poco. Lo justo, nada más.

Pero no era la clase de hombre que se asustaba por una simple casa, y menos por una casa que...

Vale. El puñetero edificio le había dado un miedo del quince, con esas ventanas que parecían ojitos maliciosos y esos puñeteros árboles acunándola con la sombra de sus brazos sarmentosos y...

«Te estás haciendo viejo, O' Cleary», se recriminó.

Sacudió la cabeza para ver si el movimiento empujaba a su condenada imaginación hasta el lugar más profundo de su cráneo, inspiró hondo y se quitó las gafas de sol para echar un vistazo en condiciones al dichoso pazo. Esta vez con los ojos de un hombre que ha devorado tanta comida como para acabar con el hambre en el Tercer Mundo y ya no está de un humor de perros. Sonrió satisfecho al ver solo una casa. Una casa estupenda, además.

Buscó las llaves del coche en el bolsillo delantero de sus vaqueros y abrió el maletero para sacar la bolsa de viaje y el maletín con el portátil. El resto de sus pertenencias debería estar amontonado en algún lugar de la casa, sin orden ni concierto, y si en algo conocía a las empresas de mudanzas, en muchas peores condiciones de como las había entregado. Una posibilidad que, con el estómago lleno y después de la charla con la pelirroja del bar, ya no lo cabreaba tanto como esperaba.

Una pena que el viejo se hubiera metido en el medio y lo hubiera obligado a salir corriendo antes de que le hiciera más preguntas —preguntas que todavía no le apetecía nada responder—, porque no le habría importado ni un poco seguir tomándole el pelo a la chica un rato más.

Y quizá hasta habría tonteado un poco más en serio con ella, aunque en realidad no era para nada el tipo de mujer que solía gustarle; demasiado problemática, demasiado lista, demasiado gruñona... Guapa, pero solo de una forma simpática, como si fuera una muñeca linda, con ese pelo absurdo y esa naricita diminuta. Y demasiado pequeña y frágil, casi flaca.

Nada que ver con las rubias esculturales que solía preferir. Mujeres con una cifra más alta en su talla de sujetador que en su coeficiente intelectual. Más cómodas, más fáciles. La clase de mujeres que no daban problemas, que eran suaves y cariñosas, y de las que uno podía separarse sin demasiados traumas con un regalo caro y un par de frases amables.

Mujeres que no tenían nada en común con la chica del bar, que tenía una de esas personalidades que podían cortarse con un cuchillo y una lengua que haría palidecer de envidia a un puercoespín. Las mujeres tenían que ser todo curvas, suavidad y miel, y esa mujer en particular tenía más aristas que un poliedro, más vinagre que una bodega de quinientos años y lo único suave que había en ella parecía ser la funda de cuero de su *e-reader*.

«Claro, que —se dijo mientras intentaba averiguar cuál de las muchas llaves que le había enviado la empresa de reformas abría la puerta principal— sus gustos literarios son impecables. No solo no le gusta Jane Austen, sino que además lee a A. S. Cleary. Solo por eso debería llevármela a la cama». Se rio en voz baja de su propio chiste y la cerradura premió su buen humor abriéndose con un suave «clic».

El olor a pintura, yeso recién secado y barniz lo saludaron como un comité de bienvenida entregado hasta el delirio nada más abrir la puerta. Era un olor familiar, cómodo, al que estaba adaptado como uno se acostumbra a unas zapatillas viejas y con agujeros encima del lugar donde el dedo gordo siempre se empeña en salir a buscar la libertad. Era, para alguien que se mudaba tanto como él, el inconfundible aroma del hogar.

Siguiendo sus instrucciones, los obreros habían conservado parte de la estructura original, con la cocina ocupando casi la mitad

de la planta baja, aunque ahora, en vez del horno de leña y la madera, el acero, el granito y la última tecnología se habían adueñado del lugar en una invasión anacrónica que miraba por encima del hombro a la anticuada fachada, con su sólida piedra y su envejecida madera.

Echó solo un vistazo distraído a la inmensa estancia, porque sus conocimientos de cocina se limitaban a cómo verter el contenido de una lata en un recipiente adecuado y calentarlo en un microondas, así que le importaba muy poco que la vitrocerámica y el horno pudieran programarse y que la nevera se conectara a Internet para reponer las existencias de leche. En su opinión, cualquier electrodoméstico que tuviera más sentido del orden y la organización que él debía ser quemado en la hoguera bajo condena de brujería. Y quizá azotado antes con un látigo de pulso electromagnético.

Salió de esa estancia de ciencia-ficción y entró en el salón esquivando el *tetris* de cajas que los operarios, tal y como esperaba, habían dejado tiradas de cualquier modo. Y sonrió con aprobación. Las habitaciones limpias, diáfanas, con apenas los muebles imprescindibles, le atraían sin remedio. Y ese salón era perfecto, un auténtico canto al minimalismo más acérrimo, tan vacío como relajante, con su butaca y su sofá de diseño, su mesa de líneas sencillas y sobrias y el inmenso televisor de plasma aguardando expectante a que él presionara una tecla del mando para que pudieran disfrutar juntos de un buen partido de fútbol.

Junto al salón principal, la pequeña habitación que iba a hacer las veces de biblioteca y sala de lectura estaba orientada al milímetro para aprovechar la escasísima luz solar, repleta de estanterías del suelo al techo donde —intentar— colocar el contenido de la mayoría de las cajas que se desperdigaban por cada lugar disponible. Libros. Libros y más libros... y más libros.

Si bien no era un hombre que acumulara ropa, o muebles, o recuerdos inútiles como pelícanos hechos con conchas o indescribibles muñecos que sostenían carteles del tipo «Recuerdo de Sri Lanka», nunca había sido capaz de resistirse a comprar un buen libro. Y a leer la mayoría, aunque su pila de pendientes tenía el tamaño de un país pequeño y, cuando se derrumbaba —algo que ocurría de forma invariable cada dos o tres meses—, hacía vibrar los sismógrafos de medio mundo.

Con un suspiro de resignación se dispuso a empezar a colocar el contenido de las cajas.

Lo que le apetecía de verdad era servirse una cerveza e ir a echar un vistazo a la sala de juegos del piso superior, pero como ni siquiera una nevera tan lista como la suya podía funcionar sin instrucciones, no tenía ni una sola cerveza en casa —ni otra cosa comestible o bebible, ya puestos—, y jugar al *pinball* sin una cerveza haciendo malabarismos sobre el cristal no era ni la mitad de divertido. La visita a la sala de juegos tendría que esperar hasta que estuviera de humor para ir a comprar al pueblo y someterse a un nuevo interrogatorio por parte de los lugareños.

Se inclinó sobre una de las cajas y fue entonces cuando lo sintió. Los dedos helados deslizándose sobre su columna vertebral, convirtiendo la sangre a su paso en un sorbete de fresa; el vello de la nuca erizándose como el de un gato encerrado y cabreado, vivo o no, y esa sensación que apenas se percibía por el rabillo del ojo. Esa sensación atávica, de los tiempos en que el hombre era guerrero y cazador y el instinto consideraba necesario advertirle cuándo no estaba solo.

No se sobresaltó. No se asustó ni sintió deseos de correr. ¿Para qué? Pero su buen humor se fue a tomar una siesta y dejó en su puesto al invitado habitual en esos casos: el tedio más absoluto, que se hizo cargo de la situación obligándolo a suspirar y poner los ojos en blanco antes de incorporarse con lentitud.

Reprimió un gruñido y se dispuso a volverse, con lo que esperaba que fuera una sonrisa amigable.

Al fin y al cabo, estaba a punto de conocer al fantasma de la casa, y este llevaba ahí mucho más tiempo que él.

### 3

—Pues yo te digo que es un imbécil.

Diana se ajustó la toalla que le estrangulaba el cuello y se agitó incómoda en el sillón ergonómico de la peluquería de Marta. Eso suponiendo que «ergonómico» significara incómodo, «rompe-espaldas» y feo que te mueres, algo que se permitía dudar muchísimo.

—*Orgullo y prejuicio*... Vamos, no me jod...

—Estate quieta —ordenó su amiga con severidad, mientras sostenía unas tijeras de aspecto amenazador junto a sus rizos—. Si no paras de moverte, te voy a cortar una oreja —amenazó.

Como mil veces antes de esa, y como haría mil veces después, Marta frunció el ceño al contemplar su reflejo en el espejo, rodeado de un espumillón tan rojo y brillante como su pelo. Su amiga adoraba la maldita Navidad.

—¿Seguro que no quieres que te quite ese horrible color rojo? Estarías guapísima con unas mechas caribeñas y...

—¡Que no! —la interrumpió Diana con brusquedad—. Me gusta el rojo —dijo enfurruñada por tener que mantener esa conversación por enésima vez—. Y no voy a dejar que me pongas mechas, y mucho menos de un sitio que no conozco y no voy a conocer en mi vida. Tú límitate a cortar. Y, si eso, me pones un par de extensiones de color naranja.

Marta se estremeció de puro horror.

—Así no vas a encontrar a un buen hombre en tu vida —sentenció la peluquera con gesto hosco—. Los chicos hablan mucho, pero en el fondo lo que les gusta...

—Me la pela —refunfuñó. Su amiga torció el gesto ante su vocabulario, pero ella ya estaba lo bastante acostumbrada a esa reacción ante sus tacos como para preocuparse, así que ni se molestó en pronunciar una disculpa—. Ya tuve un hombre en mi vida y, aparte de para lo obvio, no servía para gran cosa, así que...

—Pero eso es porque no era...

—El hombre adecuado... Blablablá —la imitó Diana. También estaba más que harta de esa conversación—. ¿No iba a venir Laura?

Cuando Marta se ponía en ese plan, necesitaba todos los refuerzos que pudiera reunir y, si bien Laura estaba la mayor parte del tiempo en su propio planeta, donde sin duda hacía muchísima más falta, era lógica y racional hasta la desesperación, lo que hacía el contrapunto perfecto con el exageradísimo romanticismo de su otra amiga.

Lo más romántico que había en Laura eran las tablas de Excel, que utilizaba para todo. Desde el control de gastos hasta la organización de la lista de la compra, pasando por la planificación minuciosa de cada minuto del día.

—Aún son menos cinco —sonrió Marta—. Seguro que está esperando en la esquina para no descuadrar su *planning* diario —añadió con malicia.

Su amiga cortó otro mechón de pelo y un puñado de rizos rojos cayó sobre su regazo. Asustada, los contempló con la misma aprensión con la que miraría una serpiente de cascabel. Su corte se estaba convirtiendo a toda velocidad en una media melena, y mucho se temía que al terminar su trabajo la peluquera aparecería con una plancha para dominar sus rizos, algo que no estaba dispuesta a permitir.

—¿No estás cortando demasiado? —preguntó Diana con un estremecimiento. Marta se limitó a gruñir por toda respuesta y prefirió cambiar de tema—. Bueno, pues eso, lo que decía; que es un imbécil.

—Pero guapo, ¿verdad? —insistió la peluquera con una sonrisa traviesa.

Resopló con aire despectivo.

—Bueno... Si te gusta esa clase de tíos... —Esa clase de tíos morenos, altos, con una sonrisa rompedora y unos ojos del color del mar en tormenta...

—No, a mí no —replicó su amiga con una sonrisa casi nostálgica—. A mí me gustan los hombres aburridos y confiables —suspiró—. Pero a ti sí que te gustan así.

—¿A mí? —se escandalizó ella, pegando un salto en su silla. Marta volvió a suspirar con resignación y la empujó hasta volver a colocarla en su lugar—. ¡A mí qué me van a gustar! A mí...

—A ti te gustan los chicos guapos y malos, Diana —la interrumpió Marta con la resignación de quien ha visto cometer a alguien el mismo error ciento diez millones de veces y espera seguir viéndolo una y otra vez en el futuro—. Y Concha ya me ha llamado para contarme que...

—Cotilla —bufó.

Un insulto absurdo, en realidad. Llamar «cotilla» a alguien del pueblo era más o menos tan ofensivo como llamar frío a un pez, y casi igual de útil. Así que, por supuesto, Marta ni se inmutó.

—... es guapísimo. Y muy simpático. Dice que...

—Que le tiró los tejos como si no hubiera un mañana, sí —gruñó ella—. Fue patético. —La sonrisa de Marta brilló con tal intensidad que su reflejo en el espejo casi apareció difuminado ante sus ojos—. ¿Qué? ¿A qué viene esa sonrisita de gilipollas?

—¡Estás celosa! ¡Sí que te ha gustado! ¡Tenemos que hacer algo! —Aplaudió con entusiasmo. Una actividad que con las tijeras en la mano tenía un cierto aire amenazador—. Justo ayer estaba revisando el libro de la bisabuela y encontré la receta de ese filtro que hicimos cuando estabas tan colgada por... ¿cómo se llamaba? —Se detuvo para recordar.

—Pablo —respondió a regañadientes—. Y teníamos quince años y él era un imbécil, ¿recuerdas? —masculló de mal humor—. Ah, y el maldito filtro sabía como si algo se hubiera muerto dentro. Y olía más o menos igual.

Marta ni la escuchó, claro. Cuando entraba en su «modo Wicca» no escuchaba ni el sonido de sus propios pensamientos, muchísimo menos el tono del sarcasmo o la negación.

—Ay, Diana, qué divertido. Espera a que venga Laura y...

—¿Que venga Laura y qué? —preguntó la voz ronca y sensual de Laura desde la entrada.

—A Diana le gusta el chico nuevo del pazo de los madrileños —canturreó Marta en una regresión a la infancia de lo más vergonzosa.

—A mí no me gusta nadie —protestó ella a su reflejo, porque nadie más le prestaba atención—. Ni que tuviéramos doce años, puñeta.

—No me extraña —replicó Laura con indiferencia. Dejó caer su maletín en el suelo y su cuerpo escultural sobre el sillón del lavacabezas.

Si no fuera su amiga, estaba segura de que la odiaría con todas sus fuerzas. Además de tener una voz que haría palidecer de envidia a Mata Hari, Laura era, con diferencia, la mujer más guapa que había visto en su vida, pero actuaba como si no le importara lo más mínimo.

Y de hecho, no le importaba lo más mínimo. Tenía la cabeza de-



masiado llena de datos, números y asociaciones lógicas, como para descender al mundo de los pobres y simples mortales y fijarse en cosas tan nimias como su aspecto. Extendió sus piernas infinitas, se estiró como un gato antes de proseguir y ella imaginó, por enésima vez, cómo decenas de hombres caían al otro lado de la calle, fulminados por el amor y la lujuria.

—Acabo de cruzarme con Rita —explicó Laura—. Y me ha dicho que Concha llamó a Fina y que le dijo que, y cito: «Aidan es un cruce entre George Clooney y Cary Grant, pero con cuadraditos en la tripa».

Marta abrió los ojos como platos y se volvió hacia ella con la velocidad del rayo y la expresión de un depredador preparado para hincar el diente a una presa especialmente sabrosa. Algo que encajaba tan bien con su imagen de Barbie como un televisor de plasma en un castillo medieval.

—¿Es cierto eso? —preguntó con avidez.

—No —masculló Diana. Sus amigas enarcaron las cejas con una expresión a medio camino entre el sarcasmo y la incredulidad—. Bueno, vale. Está rico —reconoció por fin. La incredulidad y el sarcasmo dejaron paso a la satisfacción y la condescendencia—. Pero sigue siendo un imbécil —se apresuró a añadir.

Laura y Marta cruzaron una mirada. Una simple mirada. Pero las conocía lo suficiente como para que su cerebro tradujera la escena, aderezándola con la música que suena en una película de terror justo en el momento en que la protagonista está a punto de abrir la puerta que no debe.